

EDUARDO MARQUINA, TRADUCTOR DE CHÉNIER Y DE PRÉVOST

ANTONIO MARCO GARCÍA
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA

Al mencionar el nombre de Eduardo Marquina (1879-1946), barcelonés aunque de ascendencia aragonesa, acuden a la memoria los grandilocuentes títulos de muchos de sus dramas históricos así como su evolución ideológica, desde planteamientos liberales y progresistas hasta su filiación en la política conservadora. Su figura, aunque poco conocida (Nuez 1976), representa el reflejo de un momento histórico, que en ocasiones ha sido enjuiciada con parcialidad y de forma sectaria, ya que para muchos críticos ha primado más su dimensión política, ligada estrechamente en sus últimos años de vida al régimen franquista, que la visión estrictamente literaria de su obra.

Su dedicación literaria se inició en el campo de la poesía, con composiciones que se publicaban -como tantos otros autores contemporáneos- en las páginas de revistas culturales y literarias de muy diversa periodicidad e índole estética; después, estas composiciones generalmente se recopilaban y se editaban en forma de libro, como ha sucedido con los titulados *Las vendimias* (1901), *Églogas* (1901), *Elegías* (1905), *Juglarías* (1914), que en el momento de su publicación motivaron el elogio de críticos literarios tan prestigiosos como Juan Valera y Eduardo Gómez de Baquero, Andrenio (Juliá Martínez 1942).

Pero Eduardo Marquina también escribió dramas históricos, en los que recreaba episodios y figuras de la historia de España, entre cuyos títulos destacan *Las hijas del Cid* (1908), *Doña María la Brava* (1909), *En Flandes se ha puesto el sol* (1911) o *Por los pecados del rey* (1913), que se representaron con desigual éxito en la escena española, aunque cuando se representaron obtuvieron el reconocimiento de grandes críticos de la época, como Andrés González-Blanco, el mencionado Andrenio, y Enrique Díez-Canedo. Sobre el teatro de Marquina, Francisco Ruiz Ramón ha señalado que:

A través del entusiasmo poético y de la creencia en unos valores supremos de raza, el pasado español, encarnado en unas figuras históricas de excepción, impone sobre la escena su esplendor y su magia, a la vez que propone una lección de grandeza que exalte el espíritu patriótico y lo reconcilie consigo mismo. (Ruiz Ramón 1995: 65)

Junto a su labor poética y dramática, Eduardo Marquina se dedicó a la traducción de obras de varios autores, algunos de los cuales tuvieron un importante papel en la estética modernista de finales del siglo XIX y principios del XX. Tal es el caso de los autores franceses y, concretamente, de la traducción de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire, la primera que se realizó, aunque resulta incompleta y con varios errores debido a la edición original de la que se sirvió Marquina (Hambrook 1991). También tradujo varios poemas de Stephane Mallarmé, Paul Verlaine y Maurice Maeterlinck, ejemplos todos ellos de la llegada a España de las nuevas estéticas de fin de siglo.

Del mismo modo, diversas obras de gusto romántico de François-René de Chateaubriand, Alexandre Dumas hijo, y Victor Hugo fueron traducidas por Eduardo Marquina, igual que varias novelas portuguesas, de José María Eça de Queiroz y de Abílio Guerra Junqueiro, una comedia del italiano Dario Nicodemi, una tragedia de Hugo von Hofmannsthal, y varias obras de autores catalanes, como Àngel Guimerà, Adrià Gual, y Joan Maragall, entre otros.

La exhaustiva producción poética y dramática de Marquina ha dejado en un segundo plano su labor en el campo de la traducción; más todavía por el hecho de que sus traducciones poéticas se publicaban en revistas más o menos efímeras, y las de obras en prosa se debían al intento por subsanar los problemas económicos. Su labor de traducción debió tener cierta trascendencia en la concepción de sus creaciones literarias, tanto líricas como teatrales, y sobre todo en el gusto estético de Eduardo Marquina en los primeros años del siglo XX.

De todas, destacan, por poco conocidas, las traducciones de autores clásicos franceses, a saber, la de unos poemas de André Chénier, y la de la novela *Manon Lescaut* del abate Prévost. Estos dos escritores del siglo XVIII aportaban la imagen de belleza y la evocación de un pasado esplendoroso, tan del gusto de los artistas del *fin de siècle* y que servía de fundamento estético al Modernismo español. En ambos casos, la traducción como mecanismo entre los siglos XVIII y XX, y entre las lenguas francesa y española, se convertía en “una forma de comunicación ternaria que abraza segmentos diferentes en el tiempo y en el espacio” (Guillén 1985: 345).

En los últimos años del siglo XIX, bajo la dirección del empresario y artista José María Roviralta, se publicaba en Barcelona la revista *Luz*, que tuvo una vida breve y una periodicidad irregular, y que representaba la vanguardia literaria del momento, la audacia y la novedad de los jóvenes autores que se daban a conocer al público lector. Eduardo Marquina con su amigo de la infancia Luis de Zulueta, con quien coincidía en las predilecciones literarias y “la admiración por Zorrilla, Espronceda, Larra, Bécquer y, en general, por toda la primera línea de nuestros románticos” (Marquina 1964: 168), con José Pijoan, el futuro historiador del arte, y, también, con el pintor uruguayo Joaquín Torres García que disfrutaba de un periodo de formación en Barcelona, se convirtieron, gracias a la intervención del músico Juan Gay, en colaboradores de dicha revista barcelonesa. El propio Marquina recordaba el episodio de su encuentro con Gay:

Aquella tarde [Juan Gay] había venido a buscarme para presentarme a unos muchachos que iban a publicar una revista literaria y de vanguardia -entonces decíamos modernista-, titulada *Luz*. Ese eterno rito de la publicación de una revista que es, hoy todavía, el primer paso vocacional por el camino de las letras. (Marquina 1964:183)

En las páginas de *Luz*, Marquina y Zulueta publicaron conjuntamente la traducción de varios poemas de autores franceses, y, concretamente, la traducción de unas composiciones líricas de André Chénier. Los dos amigos, en un artículo sobre la poesía de Paul Verlaine, declaraban los propósitos estéticos que debían caracterizar las traducciones que iban a ser publicadas en esta revista. Con la finalidad de dar a conocer autores extranjeros poco conocidos hasta ese momento, querían traducir “sin prejuicio alguno” obras de escritores del momento y de los que eran considerados “clásicos”, supeditándolo todo a la “juventud eterna del arte”:

Convencidos del absoluto desconocimiento que tenemos de los buenos literatos extranjeros la mayoría de los españoles, abrimos en *Luz* esta sección, destinada exclusivamente a popularizarlos entre nosotros. Sin prejuicio ninguno; sin obedecer a escuela determinada; libres de los enamorados del arte, ni juzgamos superiores a todos los autores modernos, ni ridículamente pretendemos encerrarnos en un culto apolillado de los clásicos. Unos y otros tienen obras maestras, y de unos y otros las traduciremos; que, como el hermoso Pecopin, el arte es perpetuamente joven. (Marquina & Zulueta 1898a: 5)

En el número 10 de la revista *Luz*, correspondiente a la tercera semana de diciembre de 1898, en el apartado dedicado a las letras extranjeras, se publicaron cinco poemas de Chénier. Estas traducciones iban precedidas de una breve semblanza de este autor francés, aunque de origen griego, conocido por su intervención en la Revolución francesa y por morir guillotinado el 7 de termidor del año II (25 de julio de 1792). Ya en el año 1819 se había publicado la recopilación de los fragmentos poéticos que André Chénier había dejado inéditos, y en 1840 se había editado su obra completa. Sobre su personalidad y su estética, los traductores Marquina y Zulueta destacaban que:

[Era] un enamorado de los autores griegos a los cuales conocía muy a fondo, [que] supo encerrar el vino nuevo en la copa cincelada de los clásicos y creó una poesía serena, equilibrada, cultísima, llena de una melancolía suave y exenta de originalidad, que resonó de un modo extraño entre la fútil elegancia de los escritores franceses del siglo pasado y que vivirá eternamente. (Marquina & Zulueta 1898b: 6)

Al elegir este poeta, los traductores, demostraban que su criterio de selección se debía a la transcendencia de la figura de Chénier y a la importante

concepción lírica que él podía tener para la estética modernista, en boga en ese momento. El Modernismo mostraba una predilección y un gusto claro por el exotismo (Litvak 1986) que, en este caso, representaba la vida y el origen de este autor, y también su concepción innovadora del arte, de la que decían que era “uno de los maestros que han influido más poderosamente sobre los escritores de nuestro siglo y al que nosotros no debemos olvidar para lograr, como él mismo dice: “Hacer versos antiguos/con pensamientos nuevos”. (Marquina & Zulueta 1898b: 6).

De toda su obra, eligieron cinco poemas, los titulados: “Elegía”, “Eufrosina”, “Baco”, “Idilio” y “La joven cautiva”. En el primero y en el último, Chénier exponía su poética, su concepción lírica del arte, y el papel que desempeñaba el creador:

Su corazón le dicta y él escribe: su mano
no hace más que servir a ese noble tirano.

En los otros tres, el poeta cantaba la belleza y la perfección del mundo clásico, caracterizado por el bucolismo, con la mención de elementos con una gran capacidad sugeridora (campanas, elefantes, panteras, sátiros, faunos, silvanos, desiertos, etc.), y numerosas referencias mitológicas:

Relucía en los ejes de tus carros
el pálido metal; y las Bacantes
con los largos cabellos en desorden
dirigían sus cánticos ruidosos.

En todas las poesías de Chénier, las referencias a la Grecia clásica son múltiples y constantes, se evoca la atmósfera de ese mundo perfecto, en el que aparecen figuras, animales y objetos con un acentuado simbolismo. Pero en ese momento, a finales del siglo XIX, la Grecia clásica, por su lejanía, aportaba los significados añadidos del exotismo y de la perfección. Por su perfección, sobre todo para los pamasianos, el país helénico se convierte en un mundo poético donde evadirse, a donde poder ir cuando huían de una realidad que no les gustaba.

Sólo cuatro traducciones de las cinco, los poemas titulados “Elegía”, “Eufrosina”, “Baco” e “Idilio”, fueron recopiladas posteriormente en el volumen titulado *Las mejores poesías líricas*, dedicado curiosamente a André Chénier, que la editorial barcelonesa Cervantes publicó en 1921, y que correspondía al número 35 de la colección “Las mejores poesías líricas de los mejores poetas”. Estas traducciones de Marquina y Zulueta se mezclaban con otras, firmadas por el erudito Marcelino Menéndez Pelayo, el antólogo y poeta Fernando Maristany, el libretista Carlos Fernández-Shaw, el ya mencionado Enrique Díez-Canedo, y el escritor colombiano Miguel Antonio Caro, entre otros.

Además de estas traducciones de cinco poemas de Chénier que Eduardo Marquina y Luis de Zulueta publicaron en la revista *Luz*, la otra traducción de una obra del siglo XVIII es la que realiza Marquina de la novela *Manon Lescaut* del abate Prévost.

En 1973, la editorial barcelonesa Salvat publicaba, en su colección “Biblioteca General”, la novela *Manon Lescaut* (1731), título abreviado del séptimo volumen de las *Mémoires et aventures d’un homme de qualité* (1728-1731), de Antoine-François Prévost d’Exiles, en la que se narraba la apasionada relación sentimental del caballero Des Grieux con Manon Lescaut, una mujer libre, en la Francia del siglo XVIII. La traducción se debía a Eduardo Marquina, pero se daba a conocer veintisiete años después de la muerte de éste. En esta edición no aparecía ninguna fecha, ni comentario, ni reflexión alguna del traductor sobre su labor, sólo su nombre. Dada la diferencia de fechas, cabe preguntarse: ¿cuándo tradujo Marquina el texto del abate Prévost?

En las obras en que aparecen datos biobibliográficos sobre el traductor (Marquina 1964; Montero Alonso 1965) y en los repertorios bibliográficos sobre ediciones de libros y traducciones de la época, no aparece ninguna referencia a una edición anterior de esta traducción. En 1983, la editorial Bruguera, en la colección divulgativa “Libro amigo”, publicaba la misma traducción, con una breve biografía del autor y una solapa a cargo de la casa editorial. En 1985, la mencionada editorial Salvat, en la colección “Biblioteca Básica”, la reimprime sin ningún cambio formal. Y, en 1996, la editorial madrileña Lípari Ediciones volvía a publicar la misma traducción, con una introducción de Andrea Macía Morillo, donde aparecen comentarios sobre el autor y el traductor, se analiza la novela, pero se soslaya la cuestión de la fecha de la traducción, y no se aporta ningún dato al respecto. El autor de la introducción solamente reconoce que “es una labor no sólo necesaria, sino que incluso, cuando se hace con la fidelidad y el buen estilo presentes en esta novela, resulta digna de encomio, pues pone al alcance de una gran cantidad de lectores el placer de su lectura, que de otra forma no sería posible”(Macía Morillo 1996: 19).

Algunas hipótesis pueden ayudar a una posible localización temporal de esta traducción si tenemos en cuenta diversos datos de la vida literaria de Eduardo Marquina y otros elementos literarios.

Marquina, en 1900, con Pere Coromines, se traslada por primera vez a Madrid, donde establece unas fructíferas relaciones con las más destacadas figuras literarias del momento, como Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, y Joaquín Dicenta; acude a las tertulias de los cafés, y conoce de forma directa las tendencias estéticas en boga. Ya instalado, colabora en las revistas más importantes del momento, estrena sus primeras obras, y, en 1905, viaja a París, donde, como señala Jean-François Botrel:

A principios del siglo XX, París es una de las capitales de la edición en lengua española. La Librairie Garnier Frères, las Éditions Bouret, la Librairie Ollendorff y muchas otras editoriales, se lanzan activamente a la publicación

de obras originales o de traducciones que luego se distribuyen en España y, sobre todo, en América Latina. (Botrel 1993: 602)

Es precisamente en estos años cuando Marquina sufre varios contratiempos económicos, “encuentra el escritor en Madrid alientos de tipo literario. Mas la vida tiene otras exigencias, que no pueden ser satisfechas con rimas y endecasílabos” (Montero Alonso 1965: 98). Y al igual que otros autores como Manuel y Antonio Machado, o Rufino Blanco Fombona, Marquina pudo colaborar como traductor por encargo para alguna editorial francesa que, como Garnier Frères, Bailly-Baillièrre, o la Librería Paul Ollendorff, entre otras, contribuía a la difusión de textos franceses traducidos al español. Esta actividad pro pane lucrando justificaría el anonimato del traductor, la ausencia de reflexiones y comentarios sobre los criterios y preferencias en la traducción de esta novela, ya que a las editoriales solamente les interesaba la difusión de los textos literarios. Y explicaría que los herederos de Marquina recuperaran la traducción y la publicaran.

Otra hipótesis es que la traducción de *Manon Lescaut* se publicara en vida del traductor, en una de las ediciones en las que no se indica quién ha realizado esta labor, como, entre otras, la de la editorial madrileña de Juan Pueyo, sin año, en la colección “La novela ilustrada”; la de la colección “Austral”, de Espasa-Calpe, en sucesivas ediciones; la publicada en 1923, en la colección “El folletín” de la editorial Prensa Popular, de Madrid; o la fechada en 1948, publicada por la editorial Salvat, y con ilustraciones del pintor catalán Pedro Pruna.

Por otro lado, el tema de la novela del abate Prevost permite situar esta obra dentro de la predilección del gusto modernista por las historias de amores apasionados que transcurren en distintos ambientes y geografías, al modo de las *Sonatas de primavera, estío, otoño e invierno* (1902-1905) de Ramón María del Valle-Inclán, a quien Marquina conocía desde su primera estancia en Madrid, y con el que había coincidido en varias tertulias. Esta historia de amor entre Manon y el caballero Des Grieux ya gozaba de una gran fortuna por las múltiples ediciones en lengua francesa que se hicieron desde su aparición en 1731. En el resto de las literaturas europeas, su difusión se debía a las continuas traducciones que se realizaban. Pero el éxito de *Manon Lescaut* había aumentado con las adaptaciones que se habían hecho para los libretos de óperas, tanto la de Massenet, en 1884, como la de Giacomo Puccini, en 1893.

El tratamiento liberal del tema amoroso de esta novela permite, a su vez, enmarcarla dentro de las tendencias “psicológico-artísticas” de la primera época de Eduardo Marquina, según la terminología de Federico Urales, quien lo calificó “de mentalidad simple y vigorosa”. El mismo Urales ya había señalado que:

Juan Maragall, Ignacio Iglesias y Eduardo Marquina se presentan en este respecto con más clara definición y con más alegría. La alegría es siempre en el artista y en el pensador una demostración de potencia. [...] La característica de

Maragall, Iglesias y Marquina es precisamente el amor pasional, el verdadero amor. En sus obras hay siempre vitalidad, gente que canta y trovadores que siembran alegría. Rebeldes por amor, por ansias de vivir vida más intensa, vigorosa y fuerte que la presente. (Urales 1977: 205-206)

Eduardo Marquina, al traducir los poemas de André Chénier, conjuntamente con Luis de Zulueta, y la novela *Manon Lescaut* del abate Prévost, vertía al español dos obras de “autores clásicos franceses” del siglo XVIII. Los caminos de difusión que tuvieron estas dos traducciones fueron muy distintos, al igual que las fechas de su publicación, y también -muy posiblemente- el interés que motivó la labor de traducción. A pesar de todo, estas dos aportaciones de Marquina a la traducción son dos muestras de toda su labor traductora que debería ser rescatada y valorada con los condicionamientos y limitaciones que comportan el tiempo y el espacio en los que se dieron a conocer. Sin embargo, estas traducciones de los poemas de Chénier (en colaboración) y de la novela de Prévost demuestran, una vez más, que “el arte español de la crisis de fin de siglo hubiera sido impensable sin el fuerte impacto del conocimiento y convivencia con los extranjeros” (Mainer 1983: 58).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOTREL, Jean-François. 1993. “La Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas Librería Paul Ollendorff y la edición en lengua española en Francia” en *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 602-653.
- CHÉNIER, André. 1898. “Elegía. Eufrosina. Baco. Idilio. La joven cautiva” *Luz* 10, 6-8. Traducción de Eduardo Marquina y Luis de Zulueta.
- CHÉNIER, André. 1921. *Las mejores poesías líricas*, Barcelona, Cervantes (“Las mejores poesías líricas de los mejores poetas” 35).
- GUILLÉN, Claudio. 1985. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica.
- HAMBROOK, Glyn. 1991. “La obra de Charles Baudelaire traducida al español (1882-1910)”, *Estudios de Investigación franco-española* 4, 99-102.
- JULIÀ MARTÍNEZ, Eduardo. 1942. “Eduardo Marquina, poeta lírico y dramático” *Cuadernos de Literatura Contemporánea* 3-4, 109-150.
- LITVAK, Lily. 1986. *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX. 1880-1913*, Madrid, Taurus.
- MACÍA MORILLO, Andrea. 1996. “Introducción” a Prévost, *Manon Lescaut*, Madrid, Lipari Ediciones, 9-21 (“Escritores e intérpretes” 13).
- MAINER, José-Carlos. 1983. *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra.
- MARQUINA, Eduardo. 1964. *Días de infancia y adolescencia. (Memorias del último tercio del siglo XIX)*, Barcelona, Juventud.
- MARQUINA, Eduardo & Luis de ZULUETA. 1898a. “Paul Verlaine” *Luz* 8, 5.
- MARQUINA, Eduardo & Luis de ZULUETA. 1898b. “Andrés Chénier” *Luz* 10, 6.
- MONTERO ALONSO, José. 1965. *Vida de Eduardo Marquina*, Madrid, Editora Nacional.
- NUEZ, Manuel de la. 1976. *Eduardo Marquina*, Boston, Twayne.
- PRÉVOST, Abate. 1973. *Manon Lescaut*. Traducción de Eduardo Marquina, Barcelona, Salvat (“Biblioteca General Salvat” 94).

- PRÉVOST, Abate. 1983. *Manon Lescaut*. Traducción de Eduardo Marquina, Barcelona, Bruguera ("Libro amigo" 197).
- PRÉVOST, Abate. 1985. *Manon Lescaut*. Traducción de Eduardo Marquina, Barcelona, Salvat ("Biblioteca Básica" 49).
- PRÉVOST, Abate. 1996. *Manon Lescaut*. Traducción de Eduardo Marquina, Madrid, Lípari Ediciones ("Escritores e intérpretes" 13).
- RUIZ RAMÓN, Francisco. 1995. *Historia del teatro español. Siglo XX*, Madrid, Cátedra.
- URALES, Federico. 1977. *La evolución de la filosofía en España*, Barcelona, Laia.